



## ELOGIO DE LA RIQUEZA

Por **MOISÉS CAYETANO ROSADO**

Una vez que se rebasó la “crisis mundial de los años setenta” (iniciada en 1973 como punto final del desarrollismo de la década anterior y espoleada por la subida de los precios de los carburantes), pasamos en el Mundo Occidental a los “felices años ochenta y noventa”, dos décadas de prosperidad creciente, que se prolonga en los primeros años del siglo actual.

Poco a poco, incluso los países europeos del Mediterráneo, que vieron salir de su suelo decenas de miles de trabajadores cada año, camino de la próspera Centroeuropa, comienzan a recibir mano de obra extranjera, como nuevos ricos, dispuestos a favorecerse con la explotación de los demás.

España, que entre 1961 y 1975 había enviado a dos millones de trabajadores fuera, llegó a las puertas de la crisis actual con más de cinco millones de inmigrantes. Portugal, que en aquellos años vio marchar a un millón y medio de los suyos, tenía antes del hundimiento en que nos encontramos ahora medio millón de extranjeros.

Esos años de aparente dinero fácil, especulación financiera, boom urbanístico descontrolado, tráfico de capitales y dinero negro, connivencia de políticos todopoderosos y banqueros sin escrúpulos, nos llevó a un “elogio de la riqueza” que creó un espejismo donde muchos intentaron sacar provecho de lo ajeno.

Mientras se hacían leyes educativas donde se resaltaban los principios del esfuerzo y de la solidaridad, los valores de la convivencia y la ayuda mutua, para el progreso social, la vida real jaleaba los méritos del enriquecimiento, elogiando a los triunfadores que manifestaban su éxito en el despilfarro, cuando no en la corrupción.

Así, pasamos por unos postulados educativos hipócritas, casi rozando el acratismo del “apoyo mutuo”, mientras se estimulaba el salvajismo que en su día lamentaba Baltasar Gracián: “Cada hombre está solo en la lucha del mundo, pues no se trata de una lucha de clases en la que cabe solidaridad. Es algo más profundo: el hombre está solo en la lucha por la vida”.

Y ahí estamos, en una profunda crisis que no toca fondo todavía, donde parece que se hace más real aquello de “menos ricos cada vez más ricos y más pobres cada vez más pobres”, que apuntara Carlos Marx, como una especie de traca final del elogio de la riqueza que se nos enseña en la vida, en contra de los postulados “románticos” de las leyes educativas que van cayendo -ya sí- en el olvido, volviéndose al lema de “sálvese quien pueda”, como una confirmación de la denuncia de Gracián.

La crisis mundial de 1929 no se resolvió hasta la recuperación tiempo después de la II Guerra Mundial, treinta años más tarde. La crisis actual, para muchos economistas, dejará corta a esa gran catástrofe económica del siglo XX. Por lo pronto, está asumido que los jóvenes actuales retrocederán en el estado de bienestar de la generación precedente: algo que no ha ocurrido en ninguna etapa de la historia contemporánea, excepto en casos de conflicto armado (que no han sido pocos, por otro lado).

¿Solo una generación padecerá las consecuencias de tanto desatino cuyos responsables siguen encabezan la lista de los ricos que apuntaba Marx? La crisis, desde luego, apunta para largo, y la pobreza se extiende, tanto como se concentra la riqueza en manos de unos pocos.